

UNA hermosa demostración del anhelo de cultura que bulle en el alma de nuestro pueblo, es la manera espléndida, verdaderamente grandiosa, como celebra la capital de la república la fiesta del estudiante. Ninguna otra manifestación de regocijo público, ningún fausto suceso, ningún aniversario, ninguna conmemoración, logran como el día consagrado al estudiante exaltar el ánimo de todas las gentes, cohesionarlas en un solo impulso de alegre entusiasmo, solidarizarlas en el deseo que las diversiones abarquen a todos los gremios, a todas las capas sociales, a todas las edades y condiciones. El país se festeja a sí mismo, se enorgullece de rendirle este cordial tributo a la juventud que se educa, y expresa así clara y sonoramente la decisión de glorificar a quienes en el claustro severo, por medio de la disciplina mental, edifican el porvenir de la patria. Bogotá, singularmente exterioriza su espíritu docto y romántico al mismo tiempo, habiendo roto sus tradiciones monacales, su incompatibilidad con el alboroto y con la mascarada, para entregarse a la más ruidosa alegría, sin restricciones, sin gazmoñerías, en un solo día del año: en el día del estudiante, en la fecha dedicada al triunfo de la inteligencia aliada al amor y a la gracia, por virtud del gallardo florecimiento de la generación universitaria. Así, llena la capital plenamente su augusta misión maternal, que no descuida la profunda formación científica de los ciudadanos del porvenir, pero les concede la necesaria expansión, el placer que tonifica y renueva las energías, y canta con la juventud de las escuelas un himno vibrante a la vida fecunda que avanza radiante, fresca y decidida por sobre los escombros del pasado.

Es bella, admirablemente bella, la institución del reinado estudiantil, del trono alzado por la gracia, la belleza y la virtud que es el centro del movimiento estudiantil, y ha sido ocupado con singular decoro, con brillo y con donaire por cuatro egregias soberanas, doña María, doña Elvira, doña Elena y doña Emilia. El blando y dulce cetro que rige la actividad estudiantil, es un símbolo puro de las aspiraciones que se agitan en el corazón universitario. La turba bulliciosa, independiente y altiva, indisciplinada por naturaleza, que no acepta imposiciones ni mandos, que es la revolución misma, la sed de transformación, la inquietud renovadora, depone sus impetus bajo el yugo femenino, bajo el prestigio de la tiránica y omnipotente belleza, que ejercerá perennemente un despotismo, ineludible, el despotismo que ha impuesto todas

La fiesta del estudiante

Memorial de Emilia I, Reina de los Estudiantes de Bogotá

A los honorables senadores y representantes de mi patria:

No ha terminado aún el eco de mi coronación y un respetuoso mensaje os envía quien empuña hoy el cetro estudiantil de Bogotá.

Una necesidad nacional impóneme al iniciar mi reinado el que os exhorto a que apoyéis la obra grandiosa de la fundación de la casa del estudiante.

De tiempo atrás se ha observado la carencia de un hogar común, complemento de la universidad, que agrupe bajo único techo a los estudiantes que de todas las zonas de Colombia llegan a la capital, alivie sus penosas condiciones de subsistencia, excite a conocer y fraternizar, formando con ella indisolubles lazos que han de vigorizar aun más la unidad patria.

El empeño de que durante mi reinado sea la casa del estudiante una realidad, me inclina a insinuaros la manera efectiva como podéis obrar: ella es destinando una suma suficiente para la compra de un lote de tierra adecuado al objeto que se desea.

Sepa vuestra discreción disponer la ayuda que os pido, en la forma más conveniente para las necesidades estudiantiles, que son las de la patria.

Mis súbditos y yo grabaremos vuestros nombres en los muros de la casa del estudiante como verdaderos protectores de la juventud estudiosa.

EMILIA I

En Santa Fe de Bogotá, a los veinticinco días del mes de setiembre de mil novecientos veinticinco

(El Diario Nacional, Bogotá).

las acciones generosas y que castiga con la proscripción y con el eterno hastío a quienes infringen sus leyes. Y jamás, por dilatadamente que se prolonguen los días de su existencia, olvidarán las damas que fueron postuladas o elegidas para este reino de ilusión y de ensueño, este supremo honor que las llevó a sintetizar en una hora todo el entusiasmo de los muchachos que piensan y que luchan por ser mañana la avanzada intelectual de su patria. Esta distinción altísima, conquistada por la magia de una suave sonrisa, por el fulgor discreto de una inteligencia cultivada, por los exquisitos dones de una alma buena, diáfana y serena, es el mayor trofeo, el más glorioso que puede

alcanzar la mujer cuando, como sucede entre nosotros, su misión está circunscrita o poco menos a una mediocre actividad doméstica. El reinado estudiantil, al que se llega por las gradas de la galantería más pulcra y de la espiritualidad más leve, más alada, pone en contacto a damas preclaras de la sociedad con problemas concretos, prácticos, de elevada importancia y de incalculable trascendencia. De este modo y no con la áspera brega sufragista ni en el ardiente debate de la plaza, llegan nuestras mujeres, que poseen un maravilloso instinto del bien y de la verdad, a preocuparse eficazmente por las cuestiones que ya en otros pueblos han afrontado por completo.

De otro lado, es preciso que aquí, donde gremios, grupos, instituciones, apenas tienen una fisonomía borrosa, el gremio estudiantil acentúe sus características y ocupe en la vida de la ciudad como en la del país, la categoría que le corresponde. Esas murgas de universitarios que rasgan el silencio de las frías noches santafereñas con el rasgueo trémulo y melancólico de sus tiples y de sus guitarras, con la penetrante tristeza de sus canciones criollas, son una nota de sabor exquisito, que restaura el prestigio decaído de una raza que extrae de su entraña romántica el estímulo y la firmeza para los hechos heroicos en el campo de la vida o en el campo de la muerte. No miréis con adusto ceño a la falange juvenil que pasa frente a las tiendas de comercio aclamando a su reina, lanzando gritos de una alegría insensata. No penséis que esos muchachos están perdiendo el tiempo, que era mejor que nuestra época, tolerante y comprensiva, que sabe cómo el descanso es garantía del buen trabajo y parte esencial de la higiene del espíritu, aquella en que el estudiante era una víctima de implacables disciplinas, de absurdos castigos, una máquina de aprender lecciones. No creáis que estas horas de inocente alegría son robadas al estudio y van a torcer una carrera. Esta dichosa mascarada que recorre las calles es quizá el esfuerzo mejor orientado de cuanto hacemos—¡en cuán reducida escala!—por la educación. Necesitamos formar hombres, no libros, no diccionarios, no seres raquíticos, unilaterales y tediosos, no enciclopedias sin alma, sin nervios, sin sangre. Y ese resultado mal podía conseguirse si no exaltamos la energía vital, si no fundimos en el medio al muchacho que de las provincias viene a estudiar, si no le mostramos los ojos profundos de una mujer hermosa como el fanal que debe iluminar la senda dura de la vida, si no apartamos de su alma